

La filosofía en Chile (1973-1990)

1. Planteamiento del problema

Cuando nuestro amigo Félix nos pidió ocuparnos de lo filosófico en el Chile de los últimos 16 años, había un subentendido: se trataba de hacer una suerte de balance o evaluación de lo que había pasado con la filosofía en nuestro país mientras duró el régimen autoritario. Esta cuestión la interpretamos así: ¿qué relaciones podían establecerse entre la dictadura y la filosofía?

Ahora bien, esta relación, en un comienzo, tendimos de manera espontánea a verla unilateralmente: ¿de qué forma el gobierno de Augusto Pinochet y todo lo que había significado repercutió sobre la filosofía? Pero nos dimos cuenta que, aunque fuera sólo un ejercicio, existía igualmente otra formulación posible del asunto: ¿de qué forma la filosofía repercutió sobre el régimen autoritario? Por cierto, el peso de ambos factores es de tal modo desigual que la segunda fórmula parecía casi ociosa. Sin embargo, no lo era del todo: en la fundamentación y perfilamiento del régimen actuaron algunas personas no solamente con formación filosófica sino que, más aún, con una militancia filosófica-teológica. De esta forma la relación entre filosofía y dictadura, aunque desigual, era claramente recíproca.

Sabiendo que el presente artículo formará parte de un volumen en el que se comprenderán otras formas del quehacer cultural chileno de estos años hemos querido insistir en lo filosófico en un sentido más bien estricto; traicionando incluso parcialmente aquello que ha definido la filosofía en América Latina, el hecho de manifestarse, en muchas ocasiones, en textos no propiamente filosóficos. Esta dimensión no queda del todo descuidada pues en la selección de los temas que han caracterizado el período destacamos ciertas obras que no son necesaria ni únicamente filosóficas.

Nos referiremos entonces a lo filosófico en sentido más estricto. Tendremos claramente en cuenta que si se tratara de hacer un recuento de las ideas o del pensamiento

en el Chile de la dictadura no podría dejarse de lado la vasta producción ensayística que ha abordado temas como la identidad, lo literario, lo económico-político, lo social, lo educacional: científico-tecnológico-universitario y, sobre todo, el ensayo y los estudios ubicados en el ámbito de lo historiográfico donde se han plasmado valiosas reflexiones en torno a concepciones del país y de sus habitantes, muchas veces impregnadas de categorías de pensamiento harto más vivas que las de los textos propiamente filosóficos.

Tampoco daremos cuenta de la variada gama de escuelas o sectas filosóficas de inspiración clásica u oriental que apuntan a solucionar problemas existenciales o mejorar, a través de técnicas específicas, las relaciones humanas o las tensiones psíquicas. Por último, no nos detendremos en el ocultismo y esoterismo, aún reconociendo que pueden tener mayor importancia social que esta filosofía de la que nos ocupamos. Pero, por una parte, es un tema que desconocemos y, por otra, sería difícilmente tematizable en los términos que interesa en esta revista.

2. Panorámica

Una de las razones de la expansión del quehacer filosófico desde la década del 60 en adelante tiene que ver con la necesidad experimentada en la educación chilena de contar con más profesores de filosofía. La extensión de la enseñanza de la filosofía a sectores cada vez más amplios entraña tanto una mayor democratización de los que cultivan la filosofía como una discusión de los contenidos propuestos por esta disciplina. El programa curricular de la enseñanza de la filosofía se hace problemático a finales del Gobierno de Frei: el proceso de democratización de la universidad conocido en Chile bajo el nombre de «Reforma» impugnó seriamente la escasa preocupación que despertaba en el profesor de filosofía la realidad social. La figura del profesor J. Rivano en el «Pedagógico», campus de la Universidad de Chile en que, junto a las pedagogías, estaba la sociología y a otras carreras, es representativo de este quiebre.

La filosofía recibió en forma especial al aporte de las ciencias sociales y del pensamiento marxista. Si bien podría criticarse, hoy día, que la asimilación de las ideas filosóficas del marxismo fue realizada de un modo acrítico y un tanto mecánico, es claro que la filosofía en Chile avanzó en dos direcciones. En primer lugar se cuestionó en torno al tipo de realidad a que se refiere el discurso filosófico y, en segundo lugar, por el tipo de incidencia política que puede tener la filosofía en la realidad nacional. Ambas problemáticas indagan por la inserción del quehacer filosófico en un contexto social y cultural determinado. El golpe de estado y el régimen dictatorial propusieron varios problemas a los intelectuales partidarios del régimen. Se planteó sobre todo el siguiente problema teórico: como fundamentar y legitimar un régimen que de acuerdo al sentido común del país aparecía espontáneamente como ilegítimo tanto en su ori-

gen como en su permanencia: había que fundamentar y legitimar un régimen que por la fuerza estaba haciendo una contrarrevolución política y económica.

Fueron cuatro las corrientes ideológico-filosóficas que de manera más explícita se plasmaron en el gobierno de Pinochet: el neotomismo tradicionalista, el neoliberalismo, la doctrina de la seguridad nacional y el nacionalismo. Por cierto, estas escuelas no son cabalmente coherentes, más aún: tienen elementos de oposición que son manifiestos. Es importante señalar que el régimen no fue absolutamente coherente y que, en todo caso, como es frecuente en política, se tomaron de aquí y de allá fragmentos que, a pesar de sus relativas oposiciones, configuraron una cierta identidad¹.

Del neotomismo se tomó el principio de subsidiariedad²; y del liberalismo su dimensión económica de *laissez-faire*. Ambos elementos fueron combinados para justificar la privatización a ultranza de la economía de la cual no debía hacerse cargo el Estado en virtud justamente de esos principios. La doctrina de la seguridad nacional sirvió para favorecer la omnipotencia del Estado en lo que a derechos se refiere, con ella se legitimó la fuerza del estado considerado como un organismo que lucha por la supervivencia³. El nacionalismo se exageró en una suerte de chovinismo panfletario que sirvió para descalificar todo lo extranjero que pudiera dificultar la acción de un estado intérprete del «alma nacional»⁴.

La visión dual del trabajo intelectual que se quiso imponer no debe ocultar las formas más soterradas en las que un buen número de profesores e intelectuales buscaron acomodarse al nuevo statu quo, y gracias a las cuales pudieron mantenerse en la institucionalidad universitaria limitándose a una práctica académica aséptica, no debe olvidarse tampoco la práctica testimonial de algunos profesores, que intentaron mantener aisladamente el espíritu universitario del Chile democrático que conocieron. Tales opciones marcaron de un modo o de otro el ambiente profesional en que se desarrolló el quehacer filosófico durante el régimen militar⁵.

En un sentido, el régimen autoritario fue claramente inhibitorio del quehacer filosófico, especialmente en su primera etapa, aquella que va entre 1973 y 1981. Fue inhibitorio en diversas formas: se expulsó a profesores e investigadores, otros prefirieron auto-marginarse de las instituciones o del país. Lo fue en consecuencia, pues en muchas ocasiones personal de menor nivel debió reemplazar a los exonerados e idos. Lo fue asimismo puesto que prohibió temas y textos. Lo fue, por último, debido a que muchos de los cultores de la disciplina, sea por temor sea por facilidad, prefirieron limitarse a comentar a Platón o Kant o Husserl.

Pero hubo también otro sentido. Desde otro ángulo el autoritarismo significó un impulso para el filosofar lo que vino a manifestarse en su segunda etapa 1981-1990. La dictadura generó viajes, estudios en el extranjero, contactos internacionales, etc., pero, sobre todo, al ser ella un profundo remezón de la historia y la conciencia nacional, se transformó simultáneamente en un inmenso desafío. Remeció y desafió, rompió esquemas y movió a entender. Un buen ejemplo de esto es la preocupación por

¹ Cf. el artículo de Carlos Ruiz, «Las tendencias dominantes de la ideología política de la derecha chilena y la democracia», en *Rev. Opciones*, 1984, pp. 147-169.

² Una influencia enorme tuvieron, en el Gobierno, Jaime Guzmán y, en el medio universitario y en el ambiente católico tradicionalista, Osvaldo Lira y Juan A. Widow.

³ Cf. Joseph Comblin, *Dos ensayos sobre seguridad nacional*, Santiago, Vicaría de la Solidaridad, 1979.

⁴ VV.AA., *El pensamiento nacionalista*, Santiago, Edit. Gabriela Mistral, 1974.

⁵ Cf. al artículo de Cecilia Sánchez «La búsqueda de un nuevo lugar teórico para la filosofía en Chile», en *Chile 1968-1988, Georgia Series on Hispanic Thought*, n.º 22-25 (1987/1988), pp. 167-190 y el libro de Iván Jaksic, *Academic Rebels in Chile. The Role of Philosophy in Higher Education and Politics*, New York, State University of N.Y., 1989) y la *Bibliografía de la filosofía en Chile desde el siglo XVI hasta 1980 (dirigida por Fernando Astorquiza)*, Stgo., Barcelona, 1982. Existe un anexo de esta bibliografía que llega hasta 1984 (Stgo., 1985).